

# El secreto de la alondra

FIONA VALPY



Libros de  
*seda*

*Para la gente de Loch Ewe,  
antes y ahora.*

«Cuando estoy solo, *cridhe gaolach*,  
ya sea la noche oscura o embravecido esté el mar,  
la luz del amor mi paso ha de encontrar  
el camino hacia ti».

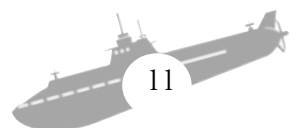
De *The Eriskay Love Lilt*,  
canción típica escocesa.

# Capítulo 1

*Lexie, 1980*

*H*ace uno de esos días, en lo más álgido del principio del verano, en los que el cielo y el mar se ven inundados por el sol. Días así son poco habituales aquí en las Tierras Altas de Escocia, por lo que llaman la atención y se recuerdan como si fueran talismanes contra el largo y oscuro invierno. Le pongo el abrigo a Daisy, se lo abotono y le coloco un gorro de punto sobre los rizos. A pesar de que al sol hace calor, el viento que baja de las montañas hasta la pequeña granja puede helarte la nariz y las orejas, y hacer que se te pongan de color rojo cereza. Luego la meto en el portabebés y me lo cuelgo de los hombros. Se ríe —le encanta estar ahí arriba, enterrando los deditos en mi pelo— y nos ponemos en marcha.

Mientras subimos de manera constante, dejando atrás las aguas de Loch Ewe, me cuesta más respirar, ya que el camino se vuelve más empinado al serpentear entre los pinos cercanos al arroyo, cuyo sonido me acompaña entrañable mientras baja por la ladera. Por fin salimos de la oscuridad que reina bajo los árboles hacia la luz del sol que baña la tierra más elevada. Las pantorrillas me queman y me detengo un momento, con las manos en las caderas, tomando a bocanadas aire, un aire tan limpio como frío, tanto como el agua que lleva la corriente. Me vuelvo para echar un vistazo al camino que hemos hecho. Aquí y allá pueden verse todavía los grupitos de casas encaladas junto a la carretera, a orillas de la bahía, aunque en cuanto



demos unos pasos más desaparecerán de la vista, igual que las colinas cubiertas de brezos que nos rodean.

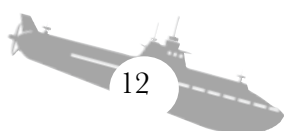
Al borde del camino, medio ocultas entre serbales y abedules, las primulas se vuelven para mirar al sol, mientras que las tímidas violetas intentan zafarse de él. La subida se hace más leve y Daisy y yo nos ponemos a cantar según caminamos, nuestras voces repican en el aire limpio.

*E iremos todos juntos  
a recoger tomillo en la montaña  
rodeados de brezos en flor.  
¿Vendrás, cariño, vendrás?*

Todavía más alto, cuando nos quedamos sin repertorio propio que cantar, una alondra se pone a trinar desde la copa florida de un tojo; se eleva como un pequeño cohete en el cielo azul que se alza sobre nosotras. En el silencio, su canto parece colgar, suspendido, cada nota con una claridad perfecta, y crear un halo de sonido. Me quedo parada y Daisy y yo contenemos el aliento, escuchando, hasta que el pájaro se convierte en un pequeño punto que vuela por encima de las colinas y cuyo canto se lleva el viento.

El camino se hace más estrecho y se cubre de hierba, está más acostumbrado al paso de las ovejas y los ciervos que al de las suelas de botas de montaña. Por fin, volvemos una esquina y ahí está la laguna, a cubierto junto a la ladera. Daisy mueve los bracitos contenta, y sonríe. Hoy el agua apenas puede verse. Como transformadas por magia, sus oscuras profundidades, ennegrecidas por la turba, casi quedan ocultas bajo una cubierta de nenúfares cuyos pétalos se han abierto al sol.

Me descuelgo el trasportín de la niña de los hombros y me los froto, pues me duele allí donde estaban los tirantes, y me apoyo en lo que queda de un muro de piedra cubierto de líquenes, de lo que fuera una antigua cabaña mientras desabrocho a Daisy. De inmediato, saca esas piernecitas rechonchas que tiene y pisa con las botitas rojas el suelo cubierto de musgo. La sujeto y la abrazo, entierro la cara en el calor del cuello de mi hija.



—¡Ah, no, señorita Rápida! El agua puede ser peligrosa, ¿te acuerdas? Vamos, dame la mano e iremos las dos juntas a echar un vistazo.

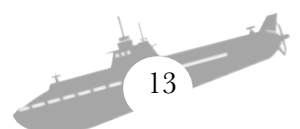
Paseamos por la orilla, observando que entre los juncos y los anchos pétalos de los iris amarillos una nutria ha dejado sus huellas en el suelo húmedo; se ve un surco en el barro, el que ha dejado la pesada cola del animal entre las huellas de las garras.

Cuando acabamos de darnos una vuelta por la orilla, nos quedamos en un huequecillo cubierto de musgo y nos sentamos sobre mi abrigo, una al lado de la otra, protegidas del viento por el muro de piedra. El tejado de la vieja cabaña, que quizá fuera un día la casa de alguien, o tal vez un refugio de verano para un pastor de las montañas, está hundido por completo y no quedan más que los muros y una pared negra de lo que en su momento fue una chimenea. Mientras Daisy juega a servir el té con un nenúfar que he arrancado para ella y se halla ocupadísima haciendo como que me pone una taza, contemplo desde nuestra posición en la ladera cómo las aguas de la bahía se extienden más abajo. La luz se desliza sobre su superficie como si fuera una piedra que la recorre saltando, astillándose en fragmentos que deslumbran a unos ojos más acostumbrados al cielo gris del invierno.

Debe de ser que la propia luz me está haciendo ver visiones, pues por un momento creo contemplar los cascos de los grandes barcos atracados allí. Quizá sean fantasmas, sombras que permanecen de los años en que la bahía fue una base naval secreta. Parpadeo y desaparecen; solo dejan tras de sí el agua, la isla y el mar abierto más allá.

Una nube se cruza por delante del sol y cuando su luz se desvanece me doy cuenta de repente de lo oscuras y profundas que son las aguas de la laguna, ocultas ahí, tras los nenúfares. En la cresta de la montaña que tenemos ante nosotras, un ciervo rojo nos observa en silencio, desaparece en cuanto levanto la cabeza para mirarlo a los ojos. Entonces la nube se va y vuelve el sol. Desde las laderas de más abajo oigo de nuevo el canto de la alondra. Ojalá pudiera hablar para contarme todo lo que sabe.

Porque este sitio es también, oculto por encima del mar entre colinas, un lugar que guarda secretos. Es un sitio en el que empezaron vidas y otras acabaron. Un lugar en el que los únicos testigos fueron las alondras y el ciervo.



# Capítulo 2

*Lexie, 1977*

*M*ientras aprieto el paso por la calle, avanzando entre la multitud, el reloj de Piccadilly Circus me dice lo que ya sé: llego tarde. Y esta audición es mi gran oportunidad, la oportunidad de conseguir el papel de protagonista femenina en una producción del West End. Con las prisas, me engancho la punta de la suela de la bota en un adoquín irregular y tropiezo. Resoplo, me duele. Y luego choco con un transeúnte.

—Perdón —murmuro.

Pero el hombre ni siquiera levanta la cabeza para mirarme o para darme a entender que acepta la disculpa, así que ambos seguimos nuestro camino, atrapados por las prisas de una vida en la que falta tiempo.

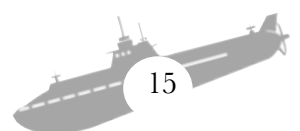


Ahora ya me he acostumbrado a lo impersonal de la ciudad aunque al principio, hace tantos años, mudarme a Londres me resultase bastante duro. Echaba de menos Keeper's Cottage, tanto que me dolía. Y echaba mucho más de menos a mi madre. Era mi amiga, mi confidente, mi mayor apoyo, y pensaba a menudo en ella, allí sola, en la casita encalada junto a la bahía. La ciudad estaba llena de gente y de luces, y también del ruido del tráfico. Ni

siquiera una taza de té sabía igual que en mi hogar, en las Tierras Altas. Aquí, en la cocina de la casa en que me alojaba tenía un hervidor con tanta cal pegada que teñía el agua mientras la hervía. Pero, al mismo tiempo, una parte de mí sentía alivio al haber dejado atrás Ardtuath. El anonimato que la ciudad te proporciona viene bien después de haber vivido en una pequeña comunidad claustrofóbica donde todo el mundo piensa que enterarse de lo que hacen los demás es un deber y donde nadie se ahorra una opinión sobre ningún asunto. Mi nueva vida me había proporcionado una libertad que nunca había tenido en casa y estaba decidida a seguir adelante con mi brillante futuro sin volver atrás, ni siquiera para tomar impulso. Pronto hice amigos y empecé a adaptarme a la escuela de arte dramático a la que iba becada. Las largas y agotadoras horas de clases de baile, canto e interpretación, y lo emocionante de mi nueva vida urbana pronto reemplazaron la antigua existencia por una nueva y, desde luego, mucho más superficial y glamurosa.

En realidad, esa vida no era ni mucho menos tan sofisticada como parecía. Cuando te fijabas bien, los trajes y el maquillaje perdían la magia que tenían bajo los focos y revelaban que todo era improvisación. Nos cambiábamos en camerinos estrechos, compitiendo por el espacio frente al espejo entre un montón de ropa tirada, lápices de ojos y horquillas, todo cubierto con una fina capa de polvo, el polvo que usábamos para fijar el maquillaje y eliminar los brillos. El aire estaba cargado, lleno de un olor mezcla de sudor y de perfume rancio y del hollín húmedo de las calles de Londres que se nos pegaba en los abrigos, y nos empujábamos entre nosotras, dándonos salida a los nervios que siempre preceden a una actuación. Pero todo eso se te olvidaba en un minuto con el subidón de adrenalina que te daba la llamada de los cinco minutos.

Poco a poco, me he habituado a caminar por unas calles en las que el aire está lleno del aliento añejo de siete millones de personas y en las que, de lo sucio que se ve, se puede cortar en trozos el cielo, un cielo que avistas de vez en cuando entre los edificios. Nada que ver con los cielos que rodean Loch Ewe, que se abren en un arco ininterrumpido desde las colinas hasta el horizonte. También me he

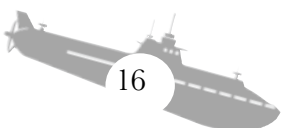




acostumbrado al tiempo que hace en Londres, o, más bien, a que no haga ningún tiempo en concreto. En la ciudad, las estaciones las marcan los escaparates y lo que en ellos se expone más que el cambio de tiempo atmosférico: incluso a mitad del invierno la ciudad parece generar su propio calor, que sube desde el suelo mojado y se desprende de los ladrillos de las casas. Al principio, de vez en cuando, echaba de menos esa sensación de estado salvaje que trae consigo el tiempo en Escocia: el poder desenfrenado de un vendaval en el Atlántico; el frío que te deja sin aliento una mañana clara y heladora; el primer calor, suave y esquivo, de un día de primavera. Sin embargo, pronto enterré los jerséis de punto en el fondo de la cómoda de mi dormitorio y los reemplacé por tops ajustados de algodón y camisas holgadas de estopilla como los que llevaban otras estudiantes, prendas que iban más con la atmósfera viciada de las salas de audición y que llamarían más la atención de algún agente o productor. Y aprendí a beber café en lugar de té, a pesar de que una taza costaba más que el tarro entero del té instantáneo que mi madre compraba en la tienda de Aultbea.



Me meto en el callejón que recorre un lateral del teatro y abro la puerta del escenario. El estómago se me revuelve de los nervios y me trago la bilis que me sube a la garganta, algo que no le va a hacer ningún bien a mi voz. Durante los últimos meses he estado estresada, acabando mi trabajo en *Carousel* y empezando otra vez el proceso agotador de acudir a audiciones. No he dormido ni he comido muy bien. Me digo a mí misma que la ansiedad es del todo comprensible dadas mi situación laboral y la preocupación de cómo voy a pagar el alquiler mientras el saldo de mi cuenta bancaria se reduce cada vez más. Y bajo todo eso se halla otra horrible realidad de la que me he ido dando cuenta de manera lenta pero inexorable durante las últimas semanas: Piers está perdiendo el interés en mí. Quizá, solo quizá, si consigo este papel vuelva a quererme. Tal vez podamos recuperar la pasión y la emoción de aquellos primeros días y todo volverá a ir bien.



Me uno a los demás, que ya están entre bastidores, y me quito el abrigo; me paso los dedos por el pelo para suavizar los rizos rebeldes entre rubios y pelirrojos que tengo y que parezcan más o menos peinados.

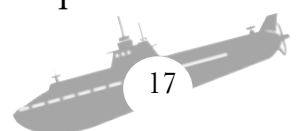
—Lo siento —le digo al asistente de producción, que marca mi nombre en su portapapeles.

Me lanza una sonrisa, demasiado breve como para ser de verdad, y luego se da la vuelta. Reconozco a una o dos personas de las que están allí: el mundo del teatro musical es pequeño. Pero evitamos mirarnos, concentrados en mantener los nervios a raya y en escuchar a la primera aspirante al papel de protagonista femenina. La competición por ese rol va a ser dura; la prensa ya comenta entusiasmada que este espectáculo está resurgiendo en Broadway, así que las entradas para el de Londres ya se agotan.

Trato de respirar hondo y de centrarme en el papel de María Magdalena, pero la cabeza se me va a otra audición, a otro teatro, hace dos años. Fue para la producción de *A Chorus Line* que dirigía el brillante Piers Walker, cuya estrella estaba entonces en ascenso en el panorama teatral del West End.

Desperté su interés en la audición. Al final de aquel día agotador, me pidió que saliera con él a tomar una copa. Me adelantó que me quería en el espectáculo a pesar de que era más bien una cantante que bailaba que una bailarina que cantaba, que era en realidad lo que estaban buscando. Me explicó que yo tenía una luminosidad que le recordaba a Audrey Hepburn, pero en pelirroja. Más tarde, esa misma velada, me dijo que nunca había conocido a nadie como yo. Que tenía un talento poco habitual. Que podría ayudarme con mi carrera. Y esa noche, mientras yacíamos enredados entre las sábanas de mi lúgubre alojamiento, me prometió que yo sería su musa y que, juntos, nos abriríamos camino hasta la cima de esa industria. Yo me bebí sus palabras con la misma sed con que me habría bebido una copa de vino en el *pub* de detrás de Drury Lane. Qué ingenua era: ambas cosas se me subieron a la cabeza.

Ahora ya se nos ha pasado el enamoramiento, dos años después, y la realidad de la vida se ha impuesto. Hace poco, Piers ha empezado



a llegar más tarde a casa del teatro. Más de una vez ha mencionado el nombre de una nueva estrella que, como se asegura de aclararme, «capta» de verdad su visión y a la que es un «sueño» dirigir. He comenzado a darme cuenta de que necesita la confirmación de su audiencia más que yo. Para él, la vida es una representación, como las producciones que dirige; todas y cada una de sus relaciones parecen haber hecho su recorrido antes de que la novedad desaparezca y él se desplace a la siguiente. Todavía me aferro a la esperanza, no obstante, de que yo seré quien cambie todo eso. De que seré quien hará que quiera quedarse.

La ansiedad constante se está cobrando su precio. Las noches de insomnio y las náuseas que siento en la boca del estómago me están afectando la voz aunque no lo admita ante nadie. Quizá la he forzado un poco al probar a cantar ampliando mi rango vocal. Pero no puedo permitirme que esa duda me afecte ahora. Hoy tengo que seguir adelante y hacer una prueba que me dé el papel protagonista de *Jesucristo Superstar*.

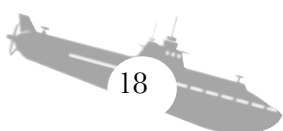
—Alexandra Gordon.

La asistente de producción me llama, así que me subo al escenario y respiro hondo, decidida a que, aunque el corazón me golpea el esternón como si fuera un pájaro atrapado, mi voz vuelva a volar libre, igual que lo hacen las alondras sobre las colinas del lugar donde nací.



Consigo el papel. Y, durante unas cuantas semanas, Piers vuelve a estar tan atento conmigo como antes, me trae flores y me lleva a cenar para celebrarlo. «Todo va a salir bien», pienso, suspirando de alivio.

Pero al empezar los ensayos es como si cada vez me costara más alcanzar las notas más altas. El director está preocupado y cuando me habla puedo ver en sus ojos el brillo de la duda, no está seguro de haber elegido a la persona indicada para el papel. Y llega el día en que una preparadora vocal me lleva aparte y me pregunta si me encuentro bien.



—Estoy bien —le aseguro, forzando una sonrisa mucho más alegre de como en realidad me siento—. He pasado un par de meses difíciles, pero me estoy recuperando. He tenido un poco de acidez de estómago, además, aunque ya me siento mejor. Solo estoy algo baja de forma, pero tendré bien la voz cuando me haya recobrado del todo.

Ojalá haya sonado convincente. En realidad, esta mañana me vinieron arcadas después de tomarme un trocito de tostada y una taza de café, pero decidí seguir adelante y venir a trabajar.

—De acuerdo. —Me mira dubitativa—. Pero, Alexandra, esto ya lo he visto antes. Espero que no te importe que te lo pregunte... ¿Estás embarazada?

En cuanto me lo pregunta, lo sé. Es como si ya lo hubiera sabido y no lo hubiese querido admitir. Me llevo las manos de modo automático al ombligo mientras me quedo lívida. María Magdalena no puede estar embarazada y hacer su papel en el escenario, pese a que puedan ser gajes de su oficio. Me tambaleo como si las paredes se hundieran a mi alrededor.

La preparadora vocal hace que me siente en un taburete en un rincón de la sala de ensayo y me presiona la cabeza contra las rodillas para evitar que me desmaye.

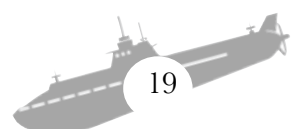
—Puede pasar —me explica—. Durante el embarazo los cambios hormonales hacen que las cuerdas vocales se inflamen. Eso puede afectar al registro de voz. Te has estado esforzando para alcanzar las notas y eso puede provocar sangrado. Deberías consultar a un especialista, hacerte un chequeo. Y, desde luego, tienes que descansar la voz por un tiempo.



La furia de Piers estalla con la fuerza de una tormenta atlántica.

—Menudo desastre —dice cuando se lo cuento, esa misma noche, después de haber visitado a un médico que ha confirmado tanto que estoy embarazada como que tengo lo que parece una lesión en las cuerdas vocales.

Extiendo los brazos para rodearlo, desesperada por conseguir la seguridad de un abrazo, pero me aparta.



—Tienes que librarte de eso —sentencia al tiempo que el calor de su rabia se torna en un enfado frío y duro mientras se da la vuelta para servirse un *whisky* largo.

Por un momento me siento confusa y creo que me habla de librarme de la lesión. Pero entonces, estupefacta y horrorizada, me doy cuenta de que se refiere al bebé. El aborto es legal desde hace diez años, pero yo ni siquiera me lo he planteado. Ya siento la conexión con este bebé, una conexión que es a la vez tremendamente protectora y amorosamente tierna.

Toma un trago del *whisky* y sigue hablando.

—Quítatelo y luego, si te hace falta operarte de la garganta, podrás hacerlo. No vas a perder este papel.

La cabeza se me llena de un zumbido que no me deja pensar. Y entonces, en medio de la confusión y el miedo, me llega un hilillo de la voz de mi madre, que me canta canciones de amor y de pérdida en la cocina de Keeper's Cottage.

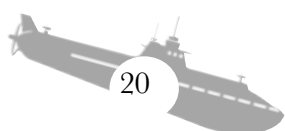
*Quieres amarme y dejarme, ¿no?*

*¿Vas a dejar a tu verdadero amor?*

Ya sé cuál es la respuesta a esa pregunta: no tengo duda alguna de lo que Piers va a hacer. Él ya ha salido de esta relación.

Y entonces el zumbido desaparece y a mí tampoco me quedan dudas. Voy a tener a este bebé y lo criaré yo sola. Quizá recupere la voz con el tiempo. La preparadora vocal me dijo que existía la posibilidad de que así fuera, siempre que el daño que hayan sufrido las cuerdas vocales no haya sido excesivo. Tendré que consultar a un especialista para saberlo. Pero ahora eso tendrá que esperar unos meses. Dispongo de algunos ahorros que, en caso de apuro, me permitirán vivir hasta que el bebé nazca y pueda retomar mi carrera otra vez. No voy a dejarla atrás, solo haré un paréntesis. Después de todo, otras cantantes han compatibilizado el tener hijos con su carrera. ¿Por qué no habría de hacerlo yo?

A Piers se le ha soltado la lengua con el *whisky*, así que cuando le digo que se vaya me dedica toda una retahíla de invectivas amargas que me asustan por lo que podría hacerle a nuestro bebé. Me dice que no quiere volver a tener nada que ver conmigo, que soy una egoísta al tomar esa decisión, que soy la actriz más egocéntrica que ha conocido.



—Incluso puede que no sea mío. —Se pone la cazadora y, mientras abre la puerta con llave, se lanza de nuevo hacia mí—. No me sorprende que te dieran el papel; saben reconocer a una puta cuando la ven.

Cierro la puerta con un ruido sordo para no oír esas odiosas palabras. El eco del ruido recorre las paredes. Y entonces me caigo y me quedo enrollada sobre las sucias baldosas del suelo de la entrada, con las rodillas dobladas para proteger la nueva vida que crece en mi interior, mientras me llevo las manos a la cara y sollozo. Me siento sola del todo.

Pero sí estoy segura de algo: mi vida ahora está en Londres; de ninguna manera voy a volver a Escocia.

